

La cena de los infieles



La cena de los infieles
Beryl Bainbridge

TRADUCCIÓN
Julia Cabezas Ortiz



Primera edición: septiembre de 2010
Título original: *Injury Time*
© de la traducción, Julia Cabezas Ortiz, 2010
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2010

Diseño de colección y cubierta: Compañía

Publicado por Ático de los Libros
C/Galileu, 333, 6º 2ª
08028 Barcelona
info@aticodeloslibros.com
www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-937809-5-1
Depósito Legal: B-33838-2010
Preimpresión: Anglofort
Impresión y encuadernación: Romanyà – Valls
Impreso en España – *Printed in Spain*

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Para Psiche y Philip Hughes con amor

Durante la cena de socios, el viejo Gifford charló sobre la cuenta Rawlinson: algo sobre que el nuevo que había entrado en la junta no tenía demasiadas luces, que no estaba a la altura. A cada tanto el hombro de Gifford se hundía por debajo del nivel del mantel, como si se le hubiera caído algo. Hatters, del departamento de internacional, contó una anécdota sobre un médico y una paciente que oía música pop cada vez que su marido le hacía el amor. Edward Freeman, que estaba sentado frente a él, se perdió la frase clave. Le parecía que el tipo había contado la historia susurrando. O quizá se estaba quedando sordo. Preocupado por este nuevo defecto —hacía poco que se había visto obligado a ponerse gafas para hacer el crucigrama del periódico—, se puso el dedo en la oreja y empezó a sacudirlo a un lado y a otro. Hatters, haciendo florituras con su tenedor en el aire, decía claramente que el motor de su coche necesitaba una puesta a punto. Edward permitió que la señora Chalmers le sirviera una segunda porción de cordero;

no tenía hambre, pero cada mes ponía veinte libras para sufragar el coste de las comidas de oficina, y que se lo llevara el diablo si iba a dejar que se perdiera un solo penique de ese dinero. Binny le había dicho que toda esa carne guisada con vino y los pudines que se metía entre pecho y espalda cada día de la semana iban a acabar con él. «Los hombres de tu edad —le prevenía constantemente— debéis cuidaros. Te va a dar un ataque al corazón.» En ese momento, cuando faltaban menos de seis horas para la dichosa cena, tenía la impresión de que un pequeño infarto le vendría la mar de bien. No creía que Binny fuera a visitarlo al hospital, no era maliciosa. Podría pasar varios días tranquilamente allí mientras le hacían pruebas, leyendo algún libro y tratando de ordenar su vida.

Aun así, cuando hubo terminado la comida, subió en ascensor a su oficina, negándose el ejercicio de subir tres tramos de escalera. El teléfono sonó en cuanto abrió la puerta. Era su esposa, Helen.

—¿Esta noche vas a venir muy tarde o solamente tarde? —preguntó ella.

—Oh, no llegaré tarde —respondió—. Quiero decir que intentaré salir pronto.

—Sueles intentarlo —dijo ella.

Hubo una breve pausa. Edward miró la fotografía de su esposa, con un marco de cuero, que estaba expuesta en la vitrina. Sostenía un bebé. En la mesa de su despacho tenía una foto del mismo bebé, va-

rios años después, agachado en un jardín borroso, abrazando un conejito.

—Es que si me marcho de mi reunión pronto, y tú tardas horas en volver, es como si yo me esforzase para nada, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí —dijo él—. Pero no creo que el viejo Simpson tenga ganas de quedarse hasta muy tarde. Sobre todo por lo de su pierna.

—Desde luego.

—Aunque la verdad —añadió él, desesperado— es que más vale prevenir. Uno nunca sabe, con el viejo Simpson. Me imagino que tal vez sí podría tardar... Y no quiero estropearte la tarde. No quiero que tengas que ir corriendo para llegar a casa, y luego resulte que no me he podido escapar.

—Está bien, querido —dijo ella—. Entonces no correré.

Cuando colgó, Edward se sintió molesto. No siempre llegaba tarde, desde luego no cada noche. Los martes, por ejemplo, jamás visitaba a Binny, y tampoco los jueves. Casi nunca. Esa noche su hija pequeña iba a su reunión de *girl scouts* y después solía estar bastante bulliciosa. ¿Y esas otras muchas veces en que él se las apañaba para llegar pronto a casa, dejando pendientes de firmar el correo de la tarde, y se enfrentaba al terrorífico tráfico de la hora punta sólo para encontrarse que, justo cuando llegaba a casa, Helen estaba sacando el Mini a la calle para acudir a otra de sus reuniones? No, ella no era

la única que tenía derecho a pensar que tenía motivos de queja, de ninguna manera.

Volvió a sonar el teléfono. Supo de inmediato que era Binny porque, cuando contestó, no hubo respuesta, sólo una especie de respiración ofendida. Evidentemente, al saludarla, no lo había hecho con el cariño suficiente, o quizá lo había hecho con una familiaridad que a ella no le había gustado.

—Hola, hola —insistió él. Mantuvo los ojos clavados en la fotografía del conejo atrapado en los brazos de su hijo. No recordaba qué nombre le habían puesto al animal... ¿Tigre? ¿Tintín? El bicho convirtió su jardín en un páramo desolador antes de estirar la pata de viejo. Lo habían enterrado bajo el ciruelo.

—Escucha, estoy terriblemente ocupado —mintió—. ¿Puedo llamarte yo luego?

—Ni te molestes —dijo Binny, colgando.

Él marcó su número sin perder un instante. Le hizo esperar casi medio minuto antes de contestar.

—No te enfades. Había alguien en el despacho —suplicó.

—¿Ah, sí?

—Es que no lo entiendes, soy un hombre muy ocupado. El pobre Woodford estaba conmigo.

—¿Qué tiene de pobre?

—Le están dejando seco, en la ruina —dijo Edward—. Los de Hacienda le están chupando la sangre.

—¿Qué crees tú que es estar en la ruina?
—preguntó Binny, desafiante.

Sabía que no debía caer en la trampa de ese tipo de discusiones. Siempre salía escaldado, y además corría el peligro de ser indiscreto sobre los asuntos financieros de sus clientes. Con la voz estrangulada por la indignación, reveló:

—Se quedan ochenta y tres peniques de cada libra que gana.

—Si se llevan tanto es porque está forrado —decretó Binny—. Le dejan diecisiete peniques, y si le toca pagar el tramo máximo seguro que termina sumando un montón de dinero. Desde luego, no voy a compadecerme de él.

Siguieron debatiendo sobre los problemas fiscales del viejo Woodford durante un buen rato, incluso subiendo la voz. A Edward le pareció que el tono de Binny era ofensivo. Después de todo, se había arriesgado considerablemente al invitar a Simpson y a su esposa a cenar a casa de Binny. De hecho, la idea no había sido exactamente suya; más bien Binny le había acosado hasta que había aceptado. A su manera directa, ella le había dejado muy claro que estaba harta de que sólo se la presentara a sus amigos bebedores y juerguistas, los que le admiraban porque se había echado una amante. Binny quería conocer a sus verdaderos amigos, preferiblemente matrimonios casados. «No voy a dejar que sigas ocultándome en la penumbra de un tugurio.» Eso había dicho.

Claro que tenía todo el derecho. Era injusto para ella tener que arrastrarse sola al dentista, no poder contar con él en Navidad y estar obligada a verle en función de la agenda social de Helen. Él le daba tan poco. Le negaba los sencillos placeres que una esposa da por sentados: cocinar para él, acordarse del cumpleaños de su hermana, meter los intrincados calcetines en el cajón de la cómoda. Todo lo que él podía ofrecerle eran unas penosas y escasas horas robadas por la tarde, siempre y cuando Helen hubiera decidido ir a una de sus reuniones.

Y como Binny solía decir, la vida era peligrosamente corta. Había pronunciado esa frase cuando se conocieron, en una fiesta de degustación de vinos y quesos que celebraban unos clientes de Edward, una empresa inmobiliaria de Chalk Farm. Llegó temprano y no conocía a nadie, excepto al socio principal, y estaba resentido porque Helen se había negado a acompañarle y había preferido asistir a una reunión de su grupo de Inter Acción en Hampstead, donde solía arrodillarse en el suelo para acariciar a los que tenía sentados al lado. Tiempo después, recordaría que, al entrar en la oficina del agente inmobiliario, notó la presencia de una mujer pálida y diminuta que estaba de pie junto a la ventana. Llevaba un puñado de flores artificiales prendidas en el cuello de su vestido, y gracias a esas mismas violetas renqueantes pudo identificar a Binny cuando, mucho más tarde, le arrinconó tras un archivador. No cabía duda de

que durante la velada había ganado de algún modo peso y en color: sus ojos brillaban y no dejaba de preguntarle si era feliz. Justo entonces, cuando Edward empezó a sentirse innegablemente alegre —oía sus propias carcajadas elevándose por encima del murmullo de los asistentes—, ella se puso a hablar de la muerte, comparando la mediana edad con la segunda parte de un partido de fútbol. El partido, según dijo, cuyo resultado ya estaba claro, se acercaba a su final. Los jugadores se arrastraban de punta a punta del campo, resoplando y cubiertos de barro, temblando de pies a cabeza, mientras esperaban que sonara el pitido que anunciaba el final del partido. «Aunque siga activa en el medio campo —le había dicho—, quizá no llegue a jugar los noventa minutos. Tal vez me expulsen.» «No, seguro que a usted no», había exclamado Edward, embargado por una marea de ternura que, sin duda, estaba fuera de lugar teniendo en cuenta el poco tiempo que hacía que se conocían. Pero Binny no le oyó. Siguió explicando que ella había gozado de una vida llena de aventuras, y se preguntaba si los demás podían decir lo mismo. Mientras hablaba, Edward se dio cuenta de que las yemas de sus dedos rozaban las de él. Había viajado por toda Europa, se había divorciado y había tenido muchos amantes. De repente se sintió deprimido, tenía ganas de irse a casa y ver la televisión. Trató de captar la atención del socio principal que le había invitado, pero no lo logró. Binny se balanceó

sobre la punta de sus pies y se dejó caer contra él; las violetas crujieron susurrantes contra su pecho. La acompañó de vuelta a una casita adosada en Fulton Street y tropezó con una bicicleta que estaba tirada en el vestíbulo. Impresionado por el modo en que ella aceptaba la muerte, le confesó que el paso del tiempo le afectaba retrospectivamente, por así decirlo. No temía el deterioro que la edad infligiría a su cuerpo: presión sanguínea más elevada, varices, palpitaciones. Lo que le agitaba era despertarse en medio de la noche, como le sucedía frecuentemente, después de haber soñado con meridiana claridad con jardines entrevistos desde unos ventanales, carreteras recorridas o estancias en las que había vivido de niño. Lamentaba no experimentar ya el presente, ni tampoco esperar nada en el futuro. Se sentía particularmente elocuente mientras se frotaba la espinilla, dolorida a causa del golpe con el guardabarros de la bicicleta, y se habría explayado más, pero pensó que la aburriría. Ella le preparó una taza de café y le pidió ayuda para solventar sus problemas fiscales. En mitad de su discurso sobre los porcentajes y el crecimiento del capital, exclamó que necesitaba abrazarlo. Al recordar su impresionante lista de amantes, Edward temió que tuviera una enfermedad venérea, así que procedió a evitar sus brazos y empezó a dar vueltas por el salón. Mientras huía, su vida desfiló ante él: el borde de un campo deportivo en un día de verano, la mano de su padre introduciéndose en un

guante de piel, el reflejo del sol, cayendo oblongo sobre una insignia de monitor en un escritorio. Desesperado por apagar el estallido chillón de aquel pitido final, Edward cayó de rodillas a los pies de Binny y se arrastró con ella hasta el polvoriento sofá.

Era posible que la insatisfactoria brevedad de sus encuentros con Binny explicara su persistente deseo de verla. Dios sabía lo mal que le trataba, pero pasaban tan poco tiempo juntos que su comportamiento insultante jamás alcanzaba a ser lo bastante abyecto; Binny nunca le había pegado. A menudo la interrumpían los niños, que o bien estaban en la casa hablando por teléfono o llamaban por teléfono cuando estaban fuera. Siempre los echaban de los billares o de las cafeterías, o los detenían en las estaciones de tren por viajar sin billete. Una vez, el hámster del más pequeño empezó a morirse justo cuando Edward entraba en la casa. Le pidieron que le diera *brandy* con una cucharita, hasta que todo hubiera terminado. La estampa de sus delicadas patitas, de puntas rosadas, desgarrando el aire débilmente, le recordaba a Edward su propio conflicto interior. Había puertas que simplemente no se abrirían. Binny era una madre maravillosa, pero no parecía comprender que él era un hombre muy ocupado y que su tiempo era escaso. Y jamás podían hacer nada hasta que su hijo de diez años se iba a la cama. Solían empezar a las once menos cinco, y a toda velocidad, además, porque Edward tenía que irse a las once y cuarto. Siempre le

susurraba al oído, frenético, todo lo que haría si tuviera tiempo de pasar una velada entera con ella, y entonces ella empalidecía, se quedaba sin aliento y lo abrazaba con temblorosa firmeza en el vestíbulo, sobre todo cuando se despedía de él. A Edward le encantaba eso que hacía cuando respiraba entrecortadamente. Le excitaba sólo pensarlo.

Binny estaba diciendo, en un tono casi dictatorial, que estaba segura de que el viejo Woodford, a pesar de su extrema pobreza, tenía dos coches y una mansión en la campiña.

—Ojalá los Simpson no vinieran a cenar esta noche —dijo él amargamente—. Desearía que pudiéramos estar solos, nosotros dos.

Con objeto de garantizar una velada pacífica y desprovista de alteraciones indebidas, por primera vez en todos los años que se conocían, los niños iban a pasar la noche en otro sitio.

—No se trata de una cena —dijo Binny ominosa.

—¿Ah, no?

—No, no pienso llamarlo cena.

—Bueno, ¿y cómo piensas llamarlo? —preguntó, inquieto.

Saltaba a la vista que estaba preocupada por la cena que iba a preparar. Seguramente le había llamado para preguntarle por el menú, por si era de su agrado, y el primer hola, seco y desganado, la había deprimido. No creía que fuera muy buena cocinera, aunque lo cierto era que jamás le había cocinado

nada; pero presentía que su actitud para con la comida era más bien superficial. Cuando salían a cenar a un restaurante, los platos normales, como las alcachofas, la irritaban. Decía que eran una pérdida de tiempo. Y en su cocina, todos los platos que tenía eran de juegos distintos. Sin embargo, nada de eso importaba ahora. Por él, podía quemar hasta el último bocado y dejarlos sin cuchillos ni tenedores, mientras la velada transcurriera sin tropiezos. Era esencial que no se presentara nadie inopinadamente. Se moría de ganas de preguntarle a Binny si había tomado precauciones en ese sentido, pero sabía que su respuesta estaría deliberadamente calculada para causarle aún más inquietud. Seguramente le diría que iban a izar su puente levadizo en breve, pero que si sabía algo del hombrecillo del impermeable, ese que estaba con unos prismáticos en la esquina. Edward no conocía a la esposa de Simpson, pero estaba bastante seguro de que por ahí no habría problemas. Al parecer, una vez había estudiado esperanto, y Simpson decía que su esposa solía ir a por cervezas al *pub* en compañía de una amiga. Debía ser una mujer de mente abierta, no parecía del tipo que va contando por ahí que su marido se ha enredado con otra. Pero ¿y si se presentaba un vecino de Binny durante la cena, y resultaba ser un amigo de un amigo? Quizá una conocida de la chica que iba a tomarse cervezas al *pub* con la mujer de Simpson. ¿Y si conocían a alguien que iba a las mismas reuniones del

partido liberal a las que iba Helen, o empleaba a la misma mujer de la limpieza? Podía suceder. La gente siempre decía que el mundo era un pañuelo, especialmente desde que se inventaron los aviones.

Edward ordenó los documentos de su escritorio nerviosamente y notó una aguda punzada de dolor en el pecho.

—¿Qué te pasa? —preguntó Binny—. ¿Qué es tanto ruido?

Negó haber hecho más ruido de lo normal. Hubo un silencio al otro lado de la línea hasta que Binny dijo que tenía que dejar de preocuparse por si le descubrían. Él protestó y dijo que eso era lo que menos le importaba.

—¡Mentiroso! —gritó ella exultante—. ¡Te aterroriza que alguien le vaya con el cuento a tu mujer! No tienes por qué venir a la cena, ya lo sabes.

—Pero sí quiero venir...

—Nadie te obliga. Nadie te va a arrancar las uñas para que vengas.

Edward insistió en que le apetecía mucho ir a la cena. Binny dijo que no se lo creía y que no entendía cómo funcionaba su mente: era un completo extraño que, por un lado, se quejaba de que su vida era aburrida y gris hasta que la conoció, y sórdida...

—Sórdida no —objetó él—. Mi vida jamás ha sido sórdida.

—Bueno, pues escuálida. Te preocupaba hacerte viejo.

—Mientras que ahora —observó mordaz— me preocupa llegar a viejo. No sé si viviré lo suficiente.

Eso pareció ponerla de mejor humor, su miedo a una muerte súbita. Se rió muy fuerte y le dijo que era encantador y que, si se portaba bien, no se pelearían durante una semana entera.

Cuando colgó, a Edward le temblaban las manos.